



EPISTOLA SEGUNDA

DE SAN PABLO

A LOS CORINTHIOS.

ARGUMENTO.

EN esta segunda Epistola consuela San Pablo à los Corinthios de la afliccion que les habia causado con la primera, y se excusa de no haberlos visitado como se lo habia prometido. Absuelve de la excomunion al incestuoso, y trata de la verdadera penitencia, de la dignidad de los Ministros del Nuevo Testamento, de la paciencia en los trabajos, de la limosna, y la diferencia que hay entre él y los falsos Apostoles.

CAPITULO I.

ARGUMENTO.

EMpieza este capitulo dando gracias al Padre Eterno por haberlo consolado en sus penas. Dice à los Corinthios, que Dios les dá ciertas señales de su cuidado paternal para enseñarles cómo han de consolar à los fieles. Despues habla de sus persecuciones, las exâgera hasta decir que le es muy penosa y enfadosa la vida. Despues se excusa de no haberlos visitado, y previene la objecion que le podian haber hecho sobre la certidumbre de su doctrina, y protesta que es sólida è immutabile. Al fin confiesa, que tardó ponerse en viage para darles tiempo à que reformaten sus propias costumbres desordenadas, y no verse obligado à castigarlos con las censuras, ni à reprehenderlos con aspereza, como habia hecho antes.

PA-

PARÁFRASIS.

Pablo Apostol de Jesuchristo por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, desean la gracia y la paz del Padre Eterno, y de nuestro Señor su Hijo, à la Iglesia que está en Corintho, y à todos los demás fieles que hay en toda la Acaya.

Hermanos míos, no puedo empezar mejor esta Epistola que con una profunda accion de gracias à Dios. Sea, pues, Dios siempre bendito, adorado y alabado por todas las potencias de nuestra alma. Nosotros le debemos este tributo por muchísimas razones; pues además de ser Padre de nuestro Señor Jesuchristo, es el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion, que nos cura con una mano, quando nos hiere con la otra, y que no nos envia tribulaciones sin darnos nuevas fuerzas para tolerarlas. Pero si nos consuela en las penas que padecemos por su nombre, no lo hace solamente para que no nos acorbardemos, y para que perseveremos siempre en una fiel creencia de sus verdades; sino tambien para que podamos consolar à los demás que padecen, y para que aprendamos por lo que él hace por nosotros, lo que debemos hacer nosotros por ellos: y para demostrarles con nuestro exemplo, que las persecuciones que sufrimos por el amor de Jesuchristo, son inferiores à las consolaciones que Jesuchristo nos envia. Luego si nosotros padecemos y somos consolados, es para consolaros à vosotros, y enseñaros con nuestro exemplo à sufrir pacientemente las persecuciones: pues por muy grandes que sean, esperamos que vuestro ánimo no se acobardará, y que asi como vosotros participais con nosotros de los peligros de la batalla, participareis tambien de las

las coronas y premios; y ya que nuestra sociedad y hermandad no consiste solamente en cosas agradables, no os quiero ocultar el peligro en que me he visto en Efeso, ni disimularos mi flaqueza en este encuentro. Fue tan grande, que le faltó poco para que perdiese todo el ánimo, y para que la vida me fuese odiosa; pero aun en esto experimenté un admirable efecto de la sabiduría y bondad de Dios; pues habiendome asistido quando no tenia mas esperanza, y los peligros en que me hallaba, la violencia de mis penas, y la crueldad de mis enemigos no me indicaban sino la muerte: me enseñó à no confiar mas en mis fuerzas, sino en él solo; cuyo poder no solo se extiende à prolongar la vida quando parece que vá à acabarse, sino tambien à darsela à los que la han perdido. El me ha sacado de tan grandes peligros, y me sacará, como espero, de todos aquellos en que me encuentre, si os dignais unir vuestras súplicas con las mías, lo que con facilidad me prometo de vuestra piedad. No dudo que me asistirá mas prontamente, si le dirigis vuestras oraciones por mí, y si muchos se disponen à darle gracias por el bien que me haga. Pero además de la esperanza en esta proteccion, lo que mas me consuela en todas mis penas es el testimonio de mi buena conciencia, y la satisfaccion de haber siempre caminado con sencillez de corazon en el ministerio del Evangelio, de haber tenido santas intenciones, y de no haberme servido jamás, ni de los artificios de la prudencia humana; ni de las sutilezas y adornos de la ciencia del mundo, sino solamente de la gracia de Dios. Esta me ha acompañado por todas las partes en donde he predicado el Evangelio; pero sus efectos han sido mas abundan-

tes

tes con vosotros, entre quienes he atendido mucho à mi modo de vivir, para no daros ocasion alguna de murmurar, ni de escandalizaros. Yo os escribo ahora lo que en otras ocasiones habeis visto en mí. Espero que en el dia espantoso en que nuestro Señor Jesuchristo vendrá à juzgar à los vivos y à los muertos, conoceréis enteramente (como en parte lo conocéis ahora) que os podeis gloriar de haber tenido en mí un Maestro, que no os ha adulado, ni corrompido con una mala doctrina, así como yo me glorio de haber tenido en vosotros unos discipulos que se han aprovechado de mis instrucciones. Seguro yo de hallar en vosotros estas disposiciones, habia resuelto pasar à vuestra Ciudad antes de ir à Macedonia, para que además del consuelo que tuvisteis en mi primera visita, tuvierais el contento de verme segunda vez. Mi idea era el volver à vosotros desde Macedonia para que me conduxeseis despues à Judea. Si no he cumplido esta idea, podeis creer que no ha sido por alguna ligereza de espíritu, que ya quiere, y ya no quiere; ni que mis resoluciones sean como las de los hombres carnales, que siguen su propria voluntad y sus intereses, y por lo mismo sujetos à mudarse à cada instante. Pero acaso me dirá alguno: ¿Por qué habiendonos prometido visitarnos no cumplés tu palabra? Y si eres inconstante en tus ideas, ¿no podremos temer que lo seas tambien en las verdades que nos has predicado? Pero Dios, que no puede mentir, es testigo, que quando Silvano, Timoteo y yo os hemos hablado de Jesuchristo, os hemos enseñado una verdad sólida, en la qual no entrará jamás el sí y el no, esto es, ni incertidumbre, ni contradiccion. Siempre os diremos las mismas cosas que nos habeis oído, porque

son

son inmutables. Y así no debeis dudar, ni de los misterios de la Religión, ni de las promesas de Dios. El nos ha ordenado el proponerlas, y por él os las confirmamos; y como él es la verdad esencial, y aquel que es, no dexará de cumplir, y haceros percibir sus efectos; porque si contribuyen à vuestra salvacion, tambien contribuyen à su gloria. Si consideramos, hermanos míos, los favores que ya nos ha hecho, no tendremos dificultad en creer los que nos prepara. ¿No es Dios quien despues de habernos llamado y traído à conocer à Jesuchristo, nos fortifica y nos hace permanecer en esta creencia? ¿No es Dios quien nos ha ungido, quien nos ha marcado por suyos, y nos dá el Espíritu Santo? No me resta que deciros, sino daros el motivo que me ha impedido el ir à Corinto, como os lo habia prometido y habia resuelto. Dios me castigue si he tenido otro motivo que el de verme obligado à valerme de mi autoridad contra los que admitian tantos desordenes en vuestra Iglesia; lo qual habria causado mucha pena y tristeza en vez de la alegria y gozo con que deseaba ser recibido. Hablo así, no porque quiera exercer algun imperio sobre vosotros à causa de la fé que os he anunciado; pues lo unico que pretendo es contribuir quanto esté de mi parte à vuestro contento, y reformar vuestras costumbres sin tocar à vuestra fé, en lo qual no hay, gracias à Dios, cosa alguna que merezca reprehension.

CAPITULO II.

ARGUMENTO.

EN este capitulo absuelve al incestuoso de la excomunion con que lo habia castigado, como se ha dicho en la primera Epistola, para que la larga penitencia no le hiciese dar en alguna desesperacion. Asegura à los Corinthios, que el afecto y cuidado por su salud le obligaron à escribirles con aspereza; pero dice para con consolarlos, que no eran todos culpables, y que el pecado que habia castigado los habia entristecido à ellos tanto como à él. En el fin habla de los diferentes efectos de la predicacion, que es un buen olor de vida para algunos, y un olor de muerte para otros; lo qual procede de la diversa disposicion de las almas que la reciben, à quienes Dios dexa en su libertad.

PARÁFRASIS.

NO, hermanos míos, no he podido resolverme à visitaros, como habia prometido, porque temia hallar entre vosotros muchos pecados y desordenes, contra los quales debia proceder y habria otra vez entristecido y confundido vuestras almas contra mi gusto. Si en la primera Epistola lo hice, fueron la causa el excesivo afecto que os profeso, y el zelo que tengo por vuestra salvacion; pues no os escribí así sino por vuestro mayor bien: y os confieso francamente, que aquel que ha padecido mayor tristeza y dolor con mis reprehensiones, ha sido el que me ha causado mayor contento y gozo; pues ademas de haber sabido por las relaciones que se me han hecho, las maldades que se cometian entre vosotros, habria tenido el disgusto de ser yo mismo testigo de ellas, si hubiera ido à veros antes de haber-

berlas corregido con mis reprehensiones: por lo qual en vez de hallar materia de contento, habria encontrado motivos de disgusto, en que vosotros habriais tenido parte; porque me persuado, que asi como os alegrais de mi gozo, os afligis tambien en mis aflicciones. Dios sabe la fuerza que me he hecho, las penas de espiritu que he padecido, y las lagrimas que he derramado al escribiros. La caridad guiaba mi pluma, y no pensaba en contristaros, sino solamente en haceros ver la particular vehemencia del amor que os profeso. Yo tomaba demasiada parte en los intereses de vuestra salvacion; por lo qual no podia sufrir que se fuesen algunos à precipitar sin alargarles la mano para detenerlos, ni que otros se precipitasen sin procurar levantarlos otra vez: pues à la verdad, si el defecto de alguno me ha entristecido, tambien ha habido algunos entre vosotros que han sentido el disgusto. Quiero hacer justicia à la verdad, pues la ofenderia sin duda, si os hiciese à todos culpables del pecado de un particular, y si os acusára de haberlo sufrido con indiferencia. Pero bastante hemos hablado del rigor de los remedios: pasemos ya à tratar de su curacion. Basta que aquel cuyo delito he sufrido con tanta pena, y que no necesito nombrar, haya padecido la confusion y verguenza que se siguen à una excomunion; y asi os suplico ahora, que lo consoleis y recibais con amor en vuestra comunion, para que la desesperacion y la melancolia no sean causa de la perdicion de uno à quien quiero y deseo salvar. Os escribo esto para probar si me sois obedientes, como debéis, en todas las cosas: y para ver si habiendolo apartado de la Iglesia por mi orden, lo volveis à sus honores y puesto, porque os lo mando. Yo lo con-

de-

dené por la potestad que Jesuchristo me dió, y asimismo lo absuelvo en virtud de la misma autoridad que he recibido de él. Ni lo absuelvo solamente de la excomunion, sino digo que se la quito por respeto vuestro, y à vuestras instancias; porque conozco las astucias de Satanás, y que este peligroso enemigo se puede apoderar de las almas por el camino de la desesperacion y de la tristeza, que se originan de un castigo prolongado y demasiado severo, como tambien de la impenitencia. Poco ha que os dixé como he padecido muchas persecuciones violentas en Asia; pero es preciso que os dé parte tambien de un disgusto que he recibido al llegar desde Efeso à Troada para predicaros el Evangelio; pues siendo muchas las mieses, y no hallando à mi hermano y compañero Tito, cuya asistencia me era muy necesaria, no pudo encontrar reposo mi espiritu hasta que pasé à Macedonia à verme con él. Pero gracias à Dios que nos ha sacado victoriosos de todos los trabajos, asi públicos como particulares, que hemos tenido que sufrir por la defensa del nombre de su Hijo, que nos ha escogido para anunciar su triunfo en toda la tierra, quien triunfa en nosotros por las victorias que nos hace ganar sobre los demonios, y esparce el olor de su conocimiento en todos los lugares del mundo por medio de nuestras predicaciones. Llamo *olor* à la doctrina evangelica, porque asi como se puede percibir y sentir el olor sin ver el perfume de donde se exhala, asimismo se puede creer en los misterios de la fé sin ver clara y distintamente el origen de donde proceden, que está oculto en el Cielo. Pero estando yo cargado de este excelente olor, y llevandolo, como tengo dicho, à todos los lugares del mundo, y esparciendolo, tan-

te

to entre los infieles , como entre los fieles , hallamos ; no obstante esto , en los animos unos sentimientos muy contrarios entre sí. Porque algunos creyendo lo que predicamos , lo respiran con gusto y alegría ; y otros quedandose incredulos y obstinados en sus errores , huyen de él , y lo aborrecen. Pero sin embargo de todo esto , no pierde su excelencia. Este mal no procede sino del defecto de los organos que lo reciben ; pues hay otros à quienes vivifica. Nadie acertaria à dar la razon de la diversidad de estos efectos , ni decir (si no quiere mentir) que saca fruto por su propia industria. Pues no puedo , como muchos hacen , corromper la palabra divina , la qual debe permanecer sin mezcla alguna de invenciones humanas , ni hacer un comercio engañoso y vergonzoso de una cosa que se debe dispensar con fidelidad y con inocencia. Hablo como si me encontrase delante de Dios : hablo inspirado de Dios , y con las luces de Jesuchristo. Pues asi como él no se puede engañar , tampoco puede engañar à los que lo oyen y creen en él. Por lo mismo predico sus verdades con sinceridad y valor.

CAPITULO III.

ARGUMENTO.

EN este capitulo les protesta que desprecia las recomendaciones de los hombres ; y añade , para insinuarse en su espíritu , que la santidad de su vida , su zelo y su caridad son otras tantas cartas de recomendacion para él , que imprimió en sus corazones la fé de Jesuchristo , no con la tinta , sino con el espíritu de Dios. De este discurso pasa al de la diferencia que hay entre la ley antigua y la nueva. Prueba que es-

ta

ta es mas excelente que aquella , y consiguientemente que los Ministros que la publican son mas nobles , debiendose medir la dignidad del Ministro por la dignidad del ministerio. Prosigue hasta el fin del capitulo con las historias de Moysés , y dice , que el velo con que cubria su rostro para no deslumbrar los ojos del pueblo de Israel que no podia sufrir sus rayos , era muy propio de una ley de sujecion y de rigor por ser una señal de servidumbre ; pero que siendo el Cristianismo un estado de libertad , no se debe usar mas semejante velo. Concluye en fin deplorando la ceguedad de los Judíos , que no se pueden todavía quitar este velo , ni dexar el apego à su ley , por no conocer à Jesuchristo , que con su Encarnacion la anuló. Sin embargo de esto , les dá esperanza de poder salir de sus tinieblas , si quisiesen oír la voz del Espíritu Santo , y convertirse à Dios , que continuamente concede sus luces à los suyos.

PARÁFRASIS.

Este discurso parecerá acaso á alguno lleno de presuncion ; pero os protesto , hermanos míos , que no es mi idea hablar ventajosamente de mí , ni alabarme. La conducta que he tenido en la predicacion del Evangelio y mi modo de vivir , hablan por mí ; y con esta confianza me atrevo à decir que no necesito , como algunos , de ser recomendado por otros , ni por vosotros , à ninguno. La razon de esto se funda en que vosotros habeis sido convertidos por mi ministerio ; y siendo todas vuestras virtudes bien conocidas por todos , sois para mí una carta de recomendacion ; pero una carta que llevo escrita en mi corazon , y una carta viva , que todos los hombres la copian , y por todos se lee. Yo os llamo à cara descubierta discipulos míos , porque he preparado vuestra alma como un blanco papel , para que re-

reciba la ley de Jesuchristo, que ha sido escrita en vosotros, no con tinta, ni con caracteres comunes, sino por el espíritu de Dios vivo: no en tablas de piedra, sino en un corazón capaz de gratitud y de amor. Si me tomo parte en esta grande obra, y hablo con franqueza, Jesuchristo es quien me dá este valor, al qual se le debe atribuir toda la honra; pues sé que yo no soy capaz de producir por mí mismo un buen pensamiento, y que toda mi virtud proviene de él. Confieso que su auxilio es el que me ha hecho capaz de administrar el Evangelio, y de publicar este nuevo Testamento, en el qual no reyna la letra como en el antiguo, sino el espíritu: en donde se confieren las gracias: en donde los efectos hacen desaparecer las promesas, y las verdades las figuras. Finalmente, en donde en vez de aquellos preceptos rigurosos, que era preciso executar segun la letra, y que daban la muerte al pecador con su pecado, se hallan sentencias favorables, que castigan el delito sin que perezcan los delinquentes, y hacen hijos de Dios á los que antes eran esclavos. Y si esta ley que imponia la pena de muerte á los transgresores de sus preceptos, no ha dexado aun de ser honrada, como se vió en la cara de Moysés (que la llevaba escrita en las tablas de piedra) pues se apareció tan resplandeciente, que los Israelitas no lo podian sufrir; ¿no será esta mas gloriosa, siendo toda dulzura, en donde abundan todas las gracias del Espíritu Divino, y en donde todos los que caen hallan una mano que los levanta? A la verdad se puede decir con seguridad que la ley antigua fue poco illustre en comparacion de la nueva; pues el resplandor del semblante de Moysés, en cuya persona habia sido glorificada, no era conti-

nuo;

nuo; pero la luz del Evangelio jamás se apagará. Pues si una ley que ahora está abolida, tuvo algun aprecio, ¿quál no se deberá hacer de una ley que jamás se abrogará? La creencia de las verdades que os propongo, me llena de una santa confianza, y me obliga á que predique el Evangelio con valor, y con otra tanta fidelidad. Yo no cubro mi cara con algun velo, como hizo Moysés, no solo por no deslumbrar á los Israelitas con su resplandor, sino para significar que sus descendientes no conocerian la Divinidad de Jesuchristo, que debia ser el termino de su ministerio, como por sus procederes se ha verificado fielmente esta profecía; pues leyendo aun hoy el antiguo Testamento, están todavia en las tinieblas de las figuras y ceremonias, baxo de las quales se oculta la verdad que os predicamos, sin poder comprehender que ha llegado el fin de la ley, por impedirles la dureza de su corazón el creer en Jesuchristo. Ya llegará el dia en que sus corazones serán mas sensibles á sus impresiones; y que asi como Moysés no tenia el velo para recibir las ordenes de Dios, asimismo quando estos sordos y ciegos prestarán oidos á las secretas inspiraciones del Espíritu Santo, que es Dios, y se volverán ácia el sol para recibir sus luces, se les caerá de sus ojos la venda, y verán lo que hasta entonces se les habia ocultado, sin caminar mas en tinieblas. Los hombres se hacen libres en el instante en que conocen á este Divino Espíritu por Señor, pues salen del imperio y servidumbre del pecado. Si tienen algun temor, es un temor filial, por el qual tienen un sumo deseo de hacer y cumplir la voluntad de su Padre; pero no temor alguno servil y de esclavos, que temen á su tirano, y le sirven de mala gana. Los Israelitas, co-

O2

mo

mo he dicho, no veian el semblante de Moysés sino baxo de un velo; pero nuestra condicion es mucho mas favorable, pues vemos claramente y sin velo alguno la gloria y el poder del Padre Eterno en el Evangelio de su Hijo. No queda cerrado y oculto este conocimiento despues de haber dissipado las tinieblas, sino que sus luces salen fuera de nosotros, y se esparcen sobre los demás à quienes iluminamos con nuestras instrucciones y con nuestros exemplos. Dios nos levanta hasta sí cada dia, y nos hace conocer algo de su grandeza: despues, à nuestro modo de decir, somos transformados en él en esta vida; y despues de haberlo contemplado en el espejo de la fé y de las cosas criadas, se muestra todo entero en la gloria. Pero si llegamos à esta perfeccion, es porque nos conduce el Espíritu Santo.

CAPITULO IV.

ARGUMENTO.

EN este capitulo hace ver que no ha hecho cosa alguna contra la dignidad de su ministerio, y que ha obrado con toda la sinceridad: que ha apartado todas las ocasiones de escandalizar à los fieles, y ha predicado por la gloria de Dios, y no por la suya. Esta verdad la prueba por los continuos trabajos que ha tenido que sufrir, à los quales llama un llevar por todas partes la muerte de Jesuchristo: y concluye diciendo, que todo quanto se puede padecer en el mundo, se debe contar por nada en comparacion del premio que nos espera.

PARÁFRASIS.

Habiendo sido ensalzados à este ministerio por sola la misericordia de Dios, y no por nuestros meritos, procuramos desempeñarlo con la mayor atencion y zelo. No nos acobardan las persecuciones, ni tormentos: no huimos el trabajo: no sabemos qué cosa sea encubrir una conciencia manchada de mil culpas con la capa de piedad. Nosotros caminamos sin artificio en la publicacion de la verdad, ni alteramos jamás la palabra divina con nuestras invenciones, ni con la mezcla de una doctrina extraña. Finalmente, nuestra vida está expuesta à la vista y al juicio de los hombres, de cuya aprobacion no hacemos tanto caso, que no pensemos en agradar à Dios, que lee nuestros corazones, y no quiere ser solamente alabado con los labios. Me parece que anunciando el Evangelio de esta suerte, debian abrazarlo todos los que lo oyen; pero se ve con frecuencia, que en vez de creerlo permanecen obstinados en su error, y perecen desgraciadamente. Mas si me pedis la razon de esto, no os puedo responder, hermanos muy amados, otra cosa sino que Dios por un justo juicio, pero oculto, permite que los infieles de este siglo permanezcan en sus tinieblas y en su incredulidad; y que el Evangelio, en que la gloria de Jesuchristo, que es la imagen de Dios su Padre, resplandece tanto, no esparza alguno de sus rayos sobre sus almas. Pues si nosotros somos verdaderamente dignos de la calidad de Apostoles, es para hacer que se adore la grandeza de Jesus, y por esta predicamos, no para adquirirnos aprecio y estimacion. Tan lejos está que tomemos con altaneria el titulo de Maestros, que antes bien por el con-